

el tiempo, después de haber trabajado por el bien de la humanidad y de su planeta, hemos de suspirar con el deseo por nuevos mundos, por nuevos horizontes, por nuevos cielos, por la armonía de otras artes más bellas, por la luz de otra ciencia más grande, por el amor

de lo infinito; y hemos de trabajar y de pugnar, ascendiendo en la escala del progreso, inundado hoy de sangre, mañana de luz, hasta encontrarnos frente á frente á nuestro Creador, á nuestro Dios.

CAPITULO XL.

LA EXTREMA IZQUIERDA HEGELIANA.

El impulso estaba dado, y la extrema izquierda hegeliana surgía naturalmente del desarrollo de la nueva dialéctica. Habíase quedado el maestro á la mitad del camino, según sus discípulos, y se sacaban las consecuencias de su doctrina con rigorismo incontestable. Dos principios rechazaba la nueva escuela: en filosofía el principio de la trascendencia; en política el principio de la monarquía. Los jóvenes hegelianos eran mucho más radicales que su inmortal maestro, mucho más revolucionarios; y se impacientaban por llevar á la realidad las ideas de la nueva ciencia. Ellos habían de formar principalmente el núcleo del partido republicano, joven así en su alma como en su cuerpo, resuelto á despertar la vieja Alemania de la soñolencia espiritualista de su carácter y á sumergirla en las realidades materiales de la vida, para que, puesta en contacto íntimo con la sociedad y con la tierra, sintiera vivísimo deseo de mejorarlas.

Dos principios se dividen el mundo científico: el principio de la trascendencia y el

principio de la immanencia. Por el principio de la trascendencia tienen las ideas fundamentales de nuestra mente su origen primero, su realidad absoluta en Dios. Por el principio de la immanencia tienen las ideas fundamentales su único origen y fuente en nosotros mismos, su realidad en la vida y en la naturaleza, su desarrollo en la historia, su movimiento en la dialéctica. Los hegelianos de la extrema izquierda se deciden por el principio de la immanencia, creyendo y proclamando que en todo principio trascendental se encierra algo de derecho divino, y que en todo derecho divino hay algún germen de monarquía ó de teocracia, y por consecuencia, de retroceso y servidumbre. La idea, desarrollándose dialécticamente sin salir de lo divino ni ir á lo divino, como en el gran sistema, sino de la naturaleza á la humanidad, y de la humanidad á la naturaleza, la idea es el progreso incesante, pues nada hay inerte, nada; y todo está impelido por el movimiento en el Universo, lo mismo entre las ideas que entre los seres.

Esta tendencia neo-hegeliana tiene estrechas relaciones con la tendencia del penúltimo período de la filosofía antigua. Las grandiosas especulaciones han por completo concluido. Aristóteles y Platon han cerrado sus libros y les han puesto el sello de su gé- nio, trasmitiéndolos á la posteridad como tes- tamento del espíritu helénico. Sus discípulos dejan las alturas de lo ideal por la realidad; las abstracciones por la vida y por la práctica. De esto resulta que engendran la obra social por excelencia del mundo antiguo, el derecho romano; y el pueblo práctico por excelencia, el pueblo-rey.

Toda gran doctrina, por una fuerza irresistible, desciende á la realidad. Lo que parece más apartado del mundo, el ascetismo, se convierte en práctico, en mundano, dentro de la organizacion histórica, que toma esta tenden- cia, dentro de las órdenes monásticas. Exami- nadlas, y vereis cómo se trasforman y bajan á la realidad ¡Qué diferencia entre los monjes ascetas, penitentes y solitarios de los siglos primeros del Cristianismo, en comunicacion perpétua con Dios, en místico apartamiento del mundo, alimentados por la palmera del desierto, sin más ocupacion que sus medita- ciones, ni más esperanza que el sueño de la muerte; y el monje providencial, San Benito, que á mediados del siglo sexto ⁽¹⁾ llama los ascetas, los convoca, los congrega, les dá el azadon y la pluma para que abran surcos en la tierra y surcos en la conciencia! ¡Qué abis- mo separa los franciscanos, estos monjes que vuelven al primitivo Cristianismo, de los jesuitas, embargados solamente por las ideas del mundo, de la vida, del influjo material, del poder político y religioso!

Así los neo-hegelianos. Su aspiracion era una aspiracion esencialmente práctica. Baja-

(1) Un descuido de lenguaje, á la verdad imperdona- ble, parece indicar que pongo en el capítulo xxix el naci- miento de la orden de San Benito en el siglo cuarto, lo cual sería otro error histórico, verdaderamente imperdonable tambien. Conste que la orden de San Benito nace en el siglo sexto, y el descuido de lenguaje se rectificará en la *Fé de erratas*.

ban de las nubes apartadas, rasgaban el celaje de las ideas abstractas para modificar la rea- lidad, la vida social; porque de otra suerte creían perdido todo el trabajo de dos siglos, malograda toda la ciencia germánica. Su me- tafísica tenia relacion estrecha con su minis- terio político y social. No hay para qué ha- blarles de la teología católica ni de la teolo- gía protestante; han sido las almas de los reyes. No hay para qué hablarles de la reli- gion ni de la metafísica, han materialmente envenenado á los pueblos. Todo cuanto á la vida ultramundana atañe, quita tiempo, ap- titudes, vigor, ánimo, para trasformar la vida de este mundo. Guerra á la tradicion; guerra á la más alta y más permanente de estas tradiciones, á la tradicion teológica. El mundo social ha de recibir un nuevo movi- miento en este sistema, que es respecto de la sociedad y de la ciencia, como el sistema de Copérnico respecto de la astronomía. El progreso mueve los átomos, renueva la vida, transforma las especies, agita la sociedad, em- puja á las generaciones, vivifica las leyes, en- gendra nuevas artes y nuevas ciencias, reve- la derechos nuevos, cristaliza desconocidas instituciones, expide torrentes de electricidad vital y de electricidad revolucionaria; es el movimiento cosmogónico que impulsa sin término y sin fin todas las ideas y todas las cosas.

Confesemos que la blonda y soñadora Ger- manía, perdida en su idealismo histórico, ne- cesitaba un sacudimiento de esta especie, un sacudimiento fuerte, violentísimo, si habia de trasformar su vida social con arreglo á los principios de nuestro tiempo. Habia emanci- pado la conciencia, difundido la libertad del pensamiento, puesto en los altares el oráculo de la razon, abierto los horizontes de un pro- greso infinito, dado al mundo la comunión de todas las ideas; y luego, bajo el esplendor de tanta ciencia, bajo el horizonte cargado de innumerables mundos, estendíase una tierra, vivero de castillos feudales, madre de seño-

res y esclavos, repartida entre más de treinta tiranos, marcada con los sellos del antiguo imperio, feudo de todas las viejas ideas que han muerto en el sentimiento universal y que han desechado los pueblos menos cultos co- mo residuos y restos de la apartada Edad Media. No habia más remedio que socavar los tronos, maldecir á los reyes, armar á los campesinos con el furor de los tiempos de la Reforma, soterrar los caballeros feudales, to- mar por asalto los privilegios, encender la sangre de las nuevas ideas en las venas de una gran democracia, y arrojar bajo las rue- das de su carro triunfal igualmente los viejos tiranos y los viejos altares, la teología pro- testante y el derecho divino, los principios monárquicos y todas las religiones, los viejos imperios y las viejas iglesias.

De suerte que esta evolucion nueva fué la más política de todas las evoluciones de la ciencia germánica; pero fué tambien filosó- fica, literaria, y sobre todo religiosa como las anteriores evoluciones. El jefe de la extrema izquierda hegeliana es Feuebarch, filósofo y escritor ilustre; hijo de sábio jurisconsulto, el cual pertenecía á la escuela llamada rigorista por su apego á la letra de las leyes. Comenzó su carrera estudiando las ciencias teológicas, y concluyola poniendo su pensamiento en el cultivo de las ciencias filosóficas. Discípulo de Hegel, y discípulo entusiasta, merced á la enseñanza de su maestro Daub, se apartó de la doctrina del maestro para fundar otra, en su sentir más humana y progresiva. El hege- lianismo es la Biblia, y el neo-hegelianismo es el Evangelio de la nueva ciencia. Expon- gamos en sus fundamentos esta doctrina. La religion sustituye á las leyes perpétuas de la naturaleza la arbitraria voluntad humana con- vertida en Dios. El Catolicismo es en el fondo la renuncia á nuestra verdadera vida; el sa- crificio de la parte más esencial á nuestro sér, de la razon, y hasta cierto punto, de la naturaleza. El protestantismo ha llegado á ser tan místico, á pesar del humano principio de

la libertad de conciencia, que sus doctores han visto la teología en todas las ciencias, y han escrito hasta la teología de los insectos. La verdadera religion consiste en el recono- cimiento de nuestra dependencia de la natu- raleza y en nuestra sumision á la naturaleza. Parécele más lógico tener, como los mejica- nos, por Dios á la sal, que á los abstractos principios creidos y adorados por los pueblos modernos. Como uno de los Incas oyera pia- doso sermón á un místico misionero espa- ñol, díjole: «Vuestro Dios es un muerto, mientras el mio es el sol que no muere nun- ca.» Y Feuebarch se arroba ante esta frase, que le parece superior á toda la dogmática ortodoxa. Porque si el mundo ha sido creado por un sér sobrenatural, es el mundo sobre- natural tambien. La vida no desciende, no, de lo absoluto; marcha desde lo inorgánico á lo orgánico, desde la animalidad á la racio- nalidad, desde la inconsciencia á la concien- cia. Las causas segundas, que los teólogos abandonan por la causa primera, explican la creacion toda en su conjunto.

No es de Dios cetro el rayo, no es su aliento el huracan, no es su vestidura el cielo, no es su corona el sol; la pila de Volta, los desequi- librios de la atmósfera, los descubrimientos de Lavoissier, el espectro solar hablan más religiosamente del Universo que todos los arrobamientos piadosos y todos los sobrena- turales milagros. La creacion del hombre por divino soplo lanzado sobre estatua de barro es puramente legendaria. La vida orgá- nica se produce en cuanto hay condiciones para el organismo; se produce por un progre- so de la materia. Y el hombre nació en cuanto se humanizó la tierra; es decir, en cuanto tuvo medios de producirse esta superior es- pecie. Triste es nacer del vientre y no de la cabeza; entre sangre y lágrimas, y no entre los torrentes de la luz increada triste es morir, descomponerse, podrirse; pero aquel que no quiera pasar por estas condiciones de la vida, que renuncie á vivir. La eternidad

es en el fondo como el vacío; allí no hay vida. Cuando un niño se dirige á su madre, y le pregunta cómo vienen al mundo sus hermanitos, contéstale con cualquier fábula, diciendo que los han traído de una feria, que los han pescado sus nodrizas en un estanque. Pues de una manera análoga explican los teólogos el advenimiento de las especies á la escena del mundo.

Pero ¿á quién recurrir en nuestras desgracias si el cielo está vacío, si todos somos huérfanos? Y á esta pregunta responde con resolución Feuebarch: A nadie. La naturaleza apenas se cura de los individuos. Cumple sus leyes con exactitud matemática, produce la vida con espontaneidad completa; le importa poco que unos seres caigan en la desgracia y otros en la muerte. Antes, la naturaleza estaba endemoniada, en los tiempos más místicos de la Edad Media. El aroma de la rosa, el cántico del ruiseñor, el rayo primero del sol, descomponiéndose en la trémula gota del rocío, eran tentaciones del diablo. Ahora la naturaleza está divinizada. Todo lo hace en ella Dios. Pero ni antes ni después ha habido tal genio superior en su seno. La naturaleza es la naturaleza; ni está endemoniada, ni es divina. La religión se vá convirtiendo puramente en moral; y á medida que se convierte en moral, se destruye, porque la esencia de las religiones no es la moral, es el dogma.

Como Homero invocaba una musa, y la invocaba porque la creía fuera de él, cuando esa musa era su interior fantasía, el género humano invoca á Dios, creyéndolo fuera de nosotros, y Dios está en nosotros, Dios es la misma humanidad. La unidad de Dios es la unidad de la conciencia humana. Los seres creados no explican el Creador, porque la naturaleza produce por necesidad, y no por ninguna voluntad superior y arbitraria que esté fuera de su seno y que sea superior á su esencia.

El mundo moderno debe dejar de ser religioso. Cuando Kant dijo que la esencia de la

religion cristiana es la moral, destruyó la religion cristiana; como al decir Aristóteles que la esencia de los dioses paganos era el pensamiento, destruyó el paganismo. Y el mundo moderno debe dejar de ser religioso, porque toda religion es esencialmente reaccionaria. Dios es un padre que ejerce la patria potestad por medio de sus delegados los reyes. Todo culto supone un verdadero intermediario entre Dios y el hombre, un verdadero sacerdocio. Todo sacerdocio compone una casta. Y toda casta oprime y degrada.

Feuebarch apunta en varias ocasiones sus ideas políticas con motivo de sus ideas religiosas. Los hombres que se esclavizan á Dios concluyen por esclavizarse al rey en quien descubren Dios mismo. La majestad real les deslumbra, y consienten que disponga de la vida y de la muerte. Así los reyes y los emperadores se llaman majestad, divinidad, algo superior y sobrenatural. Y los hombres sumidos en la superstición llegan á imaginarse que la tierra se quebrantará y se destruirá si arrancáramos de ella el trono de un rey ó la sede sacratísima de un Papa. No espereis que haya sentimientos de progreso allí donde domina el fatalismo religioso. El hombre se conforma con la desgracia y con el mal, porque los cree obra de Dios, y no piensa ni en la reforma ni en la mejora social. El pensamiento de la brevedad de su vida le aparta de todo empeño en mejorarla. Y así como en los tiempos antiguos la riqueza se levantaba sobre la esclavitud, en los tiempos modernos la soberbia insolencia de los reyes se alza sobre la humillación religiosa de los pueblos.

Hay un paralelismo para Feuebarch entre los errores políticos y los errores religiosos. La religion viene del misterio, y del misterio la monarquía; se impone la religion como un artículo de fé á la conciencia, y la monarquía como una fuerza sobrenatural á la voluntad; divide la religion los objetos en sagrados y no sagrados, y la monarquía los hombres en

aristócratas y plebeyos, en privilegiados y siervos; la religion sacrifica la conciencia á sus principios absurdos, y la monarquía el verdadero derecho natural á su mentido derecho positivo; señala arbitrariamente la religion lo que ha de ser verdadero, aunque nada tenga de comun con la verdad, y la monarquía lo que ha de ser justo, aunque nada tenga de comun con la justicia; pone la religion sobre todos los deberes morales los deberes para con Dios, y la monarquía sobre todos los deberes políticos los deberes para con el príncipe; justifica la religion sus falsedades por su carácter sobrenatural, y la monarquía su despotismo por la razon de Estado; la religion inmola en sus aras la conciencia, y cuando lo cree preciso, la monarquía inmola también la vida humana á su orgullo; y una y otra oscurecen el cielo y la tierra, oprimen al Estado y al hombre.

Stirner exageró todavía las ideas de Feuebarch. La teoría del yo, con objeto de arrancar la personalidad humana á las tiranías históricas, llegó á su última exaltación, á su delirio en este escritor. Lo que yo más conozco

en el mundo es mi propio ser, decía. Lo que yo más amo en el mundo, es á mí mismo. Por consecuencia, mi libertad ni puede, ni debe tener freno. La palabra Dios ya está olvidada en su concepto. La ha sustituido otra palabra, que cree también opresora y reaccionaria, una especie de Dios, la palabra humanidad. No hay más que el yo. Pero este yo, este individuo, ¿es materia ó espíritu? le preguntan. Y Marx Stirner declara que espíritu. Entonces otros hegelianos más exaltados todavía le acusan de religioso, de reaccionario, de pietista, y le arguyen que sólo hay en el Universo materia y materia bruta. El pensamiento se desprende de la materia como el magnetismo del cuerpo imantado, como el aroma del cáliz de las flores, como el calor de la luz; el pensamiento es una secreción del cerebro. Lo voluntad es una fuerza mecánica que se determina por la nutrición, por el alimento. Lanzándose en el seno de este materialismo, imaginaban los jóvenes hegelianos que enteraban los antiguas creencias, y que con las antiguas creencias enterraban también los reyes tradicionales é históricos, alimentados, mantenidos por estas creencias.